

Que empiece el “cole”

¿Quien no ha escuchado esta fase los primeros días de septiembre, cuando ya se vislumbra en el horizonte el trajín de los lápices, los libros y los cuadernos? Quizá sea la época del año en la que más se echa de menos a los profesores y en la que más se les valora como profesionales.

*-¿Como puede estar todo el día un ser humano con treinta niños, si entre dos no podemos contigo? –dice la madre harta de exigir un poco de paz. Y añade:
-¡Anda que no tengo ganas de que empiecen las clases!*

Recuerdo que, en aquellos cuadernos de caligrafía de mi escuela, repetíamos aplicadamente con letra inglesa, entre otras, esta frase siniestra: “La ociosidad es madre de todos los vicios”. Me inquietaba el contenido de aquella afirmación lapidaria, pero nadie me ofreció una explicación convincente. El diccionario, con su habitual laconismo, define ociosidad como “el vicio de no trabajar, perder el tiempo o gastarlo inútilmente”. Por contra, la laboriosidad, como aplicación o inclinación al trabajo, recibía beneplácitos y estaba alejada de sospechas morales.

¿Será vicioso, según esta acepción, un parado? ¿Pierde el tiempo quien lee un libro sin prisa alguna, por el mero gozo de leer? ¿Gasta inútilmente el tiempo quien escucha música apaciblemente? En definitiva, ¿qué es lo útil y lo inútil?

Muchas personas son destruidas por el trabajo. Porque no lo tienen o porque lo realizan en condiciones penosas. Se destinan muchos años de la vida a prepararse para un oficio. Existen muchos medios (ministerios, profesores, colegios universidades...) para preparar profesionales competentes.

¿Y el tiempo libre? ¿Quién prepara para el ocio? Hay personas que se aburren, que no saben entretenerse, que no son capaces de compartir con otros el tiempo libre, que no tienen iniciativa alguna para llenar las horas de ocio.

Existen miles de formas de pervertir el tiempo libre. Manipulación por parte de líderes, comercialización de los explotadores, chantaje de los tramposos, aburrimiento de los pusilánimes, etc. Como en cualquier otro campo, se produce la servidumbre. Lo describe muy bien Herman Ungar:

*-Después de la siesta, el señor consejero juega para despejarse.
-¿Tú juegas con él?
-Yo no juego. El señor consejero me utiliza como contrincante.*

Cuando los jóvenes no saben organizar su tiempo libre, lo hace por ellos el comercio, la publicidad, la religión o la política.

Podríamos definir el tiempo de ocio como aquel que en el que no hay que hacer unas determinadas tareas por obligación, que está ordinariamente ocupado por actividades no remuneradas y que sirve de descanso respecto a la ocupación habitual.

Hay quien, en ese tiempo, no sabe hacer otra cosa que ver la televisión. La capacidad de iniciativa se atrofia al convertirse en meros receptores. “Buenas noches”, dice el presentador del tiempo. Y nadie contesta “Hola, buenas noches”.

Hay quien no es capaz de relacionarse con nadie para llenar el ocio, perdiendo la oportunidad de establecer y estrechar relaciones que facilitan el desarrollo de la persona.

Hay quien sólo tiene una forma de llenar el tiempo libre, privándose así de muchas otras fuentes de placer y de emoción. Las actividades al aire libre, los viajes, los

juegos y deportes, la lectura, la música, las fiestas, el cine, los trabajos manuales... encierran interesantes oportunidades de comunicación y disfrute.

No siempre va unido un buen planteamiento del ocio con disponibilidad económica pero, obviamente, es un factor que incide de manera significativa. Por eso es necesario que los poderes públicos (ministerios, consejerías, ayuntamientos...) se preocupen por facilitar espacios, medios y profesionales. Que las escuelas abran sus preocupaciones y sus locales a las organizaciones de actividades de ocio. Que las familias se preocupen no solo de la rentabilidad académica sino de la promoción de actividades y actitudes educativas respecto al ocio.

La vida no se agota en la simple manipulación de las cosas. Existe la posibilidad de la contemplación de las mismas. La existencia de las personas no es sólo actividad y producción sino que se enriquece en el trato personal y sosegado con personas, animales y cosas. Es frecuente que en esta sociedad se valore a quienes producen y no a los que contemplan.

El ocio es el tiempo de la autoexpresión y de la libertad. Por eso los adultos no debemos manipular, dirigir y coartar el tiempo libre de los niños y de los jóvenes. Progresivamente han de disfrutar de una libertad y una autonomía mayor.

Pitigrilli cuenta una historia atroz. Dos peces dan vueltas y más vueltas sin parar en su pecera. Llevan así varios años. De pronto, uno de ellos le dice al otro: “¿Qué planes tienes para el domingo?”.

Está claro que cuando se habla de educar para el ocio, cuando se dice que la escuela y los profesores deberían ocuparse, además de otras mil, de esta tarea, uno se echa las manos a la cabeza. ¿Cómo puede una persona aburrida enseñar a otro a que se divierta? Alguien dijo con cierto sarcasmo: “Si los profesores enseñasen geografía a las palomas mensajeras, estas acabarían extraviándose”. Por eso, entre otras muchas razones, resulta imprescindible formar profesionales competentes en educación.

(Santos Guerra, M.A. (2008). *La pedagogía contra Frankenstein. Y otros textos educativos contra el desaliento*. Graó, 14, pp. 81-83)